

LOS LÍMITES DEL DESARROLLO CAPITALISTA: EL CASO DE MÉXICO

DAVID BARKIN

Durante varias décadas, el desarrollo económico de México se ha desenvuelto sobre la base del supuesto de que los beneficios derivados del crecimiento del producto nacional y de una industrialización progresiva se transmitirían eventualmente en forma gradual a las masas. Aunque los programas de acumulación capitalista nunca se fundamentaron en ilusiones con respecto a sus objetivos —el incremento de la ganancia por medio de la ampliación de sus mercados y del empleo de más trabajadores— el Estado nunca fue capaz de dedicarse de manera singular a perseguir estos objetivos. El desarrollo mexicano ha ido en forma sistemática en pos de la meta del estímulo al crecimiento económico proporcionando la infraestructura necesaria a la inversión privada y creando un ambiente propicio para la obtención de beneficios; pero el verdadero éxito del Estado ha dependido de su flexibilidad para responder cuando se hizo necesario a las demandas de los obreros y de los campesinos cuando solicitaban algunas medidas de participación en el proceso.

La característica principal del desarrollo económico mexicano durante el último medio siglo ha residido en su habilidad para incorporar de manera virtual a la totalidad de su población y a su estructura productiva dentro de los pliegues de las relaciones sociales capitalistas. Esto no quiere decir que todos los obreros mexicanos sean nuevos proletarios o que ahora toda la producción se realice con propósitos de lucro y por mano de obra asalariada; ciertamente esto no es así. Durante las últimas décadas, sin embargo, se produjeron profundos cambios en la forma de producir los bienes y en los mismos bienes producidos, lo cual ha hecho prácticamente imposible para cualquier grupo evitar la influencia del mercado en su vida cotidiana. Aun aquellas comunidades campesinas que han podido preservar o reconstruir sus formas cooperativas de producción se encuentran con que sus decisiones con respecto a lo que van a cultivar y cómo producirlo se ven influidas en gran medida por las fuerzas del mercado nacional e internacional, las cuales se encuentran más allá de su control y con frecuencia les son aún desconocidas. Lo mismo sucede con los patrones de consumo, que también han sido alterados en forma radical por el

cambio en los estilos de vida, por las demandas de la fuerza de trabajo y las estructuras sociales, todo lo cual se relaciona con modificaciones en el aparato productivo como resultado de la inserción progresiva de la economía y la sociedad mexicanas en el sistema capitalista mundial.

En este artículo presento un amplio bosquejo de este proceso. En la primera sección se examinan las transformaciones estructurales de la producción y se hacen algunas consideraciones en cuanto a quiénes han sido los principales actores. La segunda sección se refiere a la naturaleza del proceso que asignó los beneficios entre los diversos grupos involucrados. Una tercera sección examina las contradicciones internas y externas que surgieron como resultado de décadas de acumulación capitalista, creando la profunda crisis en la cual se encuentra el país en la actualidad. Por último, se examina el debate en torno al desarrollo capitalista de México, a la luz de la evolución de la economía mundial en su totalidad.

I. El éxito del desarrollo capitalista

En medio de la crisis es a veces difícil reconocer la larga historia de éxitos que ha conducido al país a sus dificultades presentes. A lo largo de esta sección, el debate sobre la historia económica reciente de México se expresará en términos de los propios objetivos del sistema y se analizarán los instrumentos que se usaron para construir una estructura agrícola e industrial crecientemente diversificadas. La discusión comienza a partir de la premisa según la cual, no obstante las importantes diferencias políticas entre las administraciones presidenciales durante el último medio siglo, ha existido una congruencia notable en las metas generales. Los instrumentos para promover el desarrollo capitalista han cambiado con frecuencia, adaptándose a las diversas condiciones prevalecientes dentro del país y en la economía internacional. El compromiso común de promover el desarrollo industrial y de desarrollar un sector agrícola moderno, orientado hacia el mercado, está presente en todos los análisis, aun en aquellos que destacan las diferencias importantes entre las políticas sexenales.

Para definir y comprender las transformaciones que han ocurrido, una discusión acerca del cambio estructural debe establecer los parámetros. De manera tradicional, éstos se definen en términos de la distribución del producto nacional entre los diversos tipos de actividad económica. Así, la redistribución del producto nacional, que se aleja de la agricultura y va hacia la industria, se considera por lo general

evidencia suficiente de las profundas modificaciones en la producción que han ocurrido a partir de 1940. Los datos sobre los cuales se apoya este análisis están disponibles:

DISTRIBUCIÓN SECTORIAL DEL PRODUCTO NACIONAL

<i>Sector</i>	<i>1940</i>	<i>1950</i>	<i>1960</i>	<i>1970</i>	<i>1980</i>
Primario	10	19	16	11	8
Secundario	25	27	29	34	37
Terciario	56	54	55	55	55

FUENTE: NAFINSA, *La economía mexicana en cifras*, México, 1978 y Secretaría de Programación y Presupuesto, 1981.

Existen, sin embargo, maneras aún más reveladoras de examinar los cambios estructurales que han ocurrido. Los datos sobre la fuerza de trabajo son, a éste respecto, elocuentes:

DISTRIBUCIÓN SECTORIAL DE LA FUERZA DE TRABAJO

<i>Sector</i>	<i>1940</i>	<i>1950</i>	<i>1960</i>	<i>1970</i>	<i>1980</i>
Primario	65	58	54	38	37
Secundario	16	16	19	23	26
Terciario	19	26	27	39	37

FUENTE: NAFINSA, *La economía mexicana en cifras*, México, 1978 y Secretaría de Programación y Presupuesto, 1981.

La comparación de los datos del producto y de la fuerza de trabajo sugiere las importantes modificaciones estructurales que tuvieron lugar en cada sector. La incapacidad de la agricultura y de la industria para absorber en forma provechosa a nuevos individuos dentro de la fuerza de trabajo los obligó a buscar empleo en el sector servicios, en el cual la productividad ha estado declinando sistemáticamente, en relación con los otros. La agricultura también ha ido creciendo con menor rapidez que la industria, pero debido a los cuellos de botella en el reclutamiento de la mano de obra en el resto de la economía, ya no

pueden los campesinos y los trabajadores rurales abandonar simplemente las comunidades agrícolas en busca de horizontes más amplios; éstos no existen en México y las perspectivas de la migración ilegal hacia Estados Unidos también se han oscurecido.

Estas dos presentaciones del cambio estructural reflejan una característica importante del desarrollo mexicano: la extraordinaria polarización de la sociedad en todas sus dimensiones. Aunque se volverá a hacer referencia a este fenómeno en la sección siguiente, aquí es importante examinar algunas de las implicaciones de estas transformaciones. Un primer indicador podría ser el de la productividad. Algunos estudios recientes indican tremendas y crecientes diferencias en la productividad del trabajo y del capital en todas las partes de la economía mexicana. En la agricultura, por ejemplo, estudios microeconómicos de sociedades campesinas demuestran que los establecimientos agrícolas tradicionales son significativamente más eficientes en el uso de sus escasos recursos —tierra y capital— que cualquier otro tipo de organización productiva. Otros estudios han esclarecido disparidades productivas considerables entre productores, las cuales pueden explicarse por la diferencia en el acceso al crédito y a los insumos productivos modernos que por esa razón pueden ser adquiridos.

También son notables en la industria las diferencias en productividad, aunque en promedio son sustancialmente más altas que en otros sectores de la economía. Algunos estudios recientes han demostrado que estas diferencias están altamente correlacionadas con el ritmo acelerado de la concentración, la cual ha dado nueva forma a la industria durante las décadas recientes (Trejo, 1971; Hernández, 1983). Grandes firmas integradas están desplazando o absorbiendo a las pequeñas, con las consiguientes modificaciones en los productos, en el proceso de trabajo y en los grupos que controlan los medios de producción. Estudios anteriores habían demostrado que las empresas tradicionales habían sufrido una desventaja competitiva diferente en el proceso de modernización (Trejo, 1971). La nueva información señala precisamente los resultados de éste en términos del proceso aparentemente interminable del aumento de la centralización del control de la producción y del control financiero; este último fenómeno está todavía por clarificarse como resultado de la nacionalización del sistema bancario que hizo enfocar la mirada del público sobre la vastedad de las relaciones entre el sector financiero y la producción industrial.

En el sector servicios, la productividad ha caído en relación con los demás sectores como resultado del incremento de los desocupados rurales y urbanos que no encuentran otro tipo de trabajo. A pesar de los incrementos sustanciales en la productividad de la industria moderna de servicios (bancos, comunicaciones y aun transportes), que

abarca la reorganización del comercio como resultado de la expansión de los centros comerciales y de los supermercados, la proliferación de comerciantes ambulantes y de trabajadores de servicios ha llegado a ser de nuevo un fenómeno común a lo largo de todo el país. Durante el auge de la prosperidad inducida por el gobierno y del *boom* de la época de la ilusoria riqueza petrolífera existió una marcada escasez en el mercado de trabajo, la cual ha sido de nuevo revertida a medida que el subempleo se convierte en un fenómeno social crecientemente atemorizador. El sector terciario continúa siendo un pozo para los rechazados de los otros sectores, para los inadaptados sociales a los cuales la sociedad es incapaz de absorber productivamente dentro de sus pliegues capitalistas.

Las tendencias divergentes en el crecimiento de la productividad también reflejan la estructura cambiante de los bienes producidos en México. No sólo las grandes y modernas firmas han desplazado a los productores tradicionales, tanto en la agricultura como en la industria, sino que también han cambiado la fisonomía del país. Estos cambios han sido ampliamente documentados: en la agricultura, el cambio de la producción de alimentos básicos para la población por la de forrajes, la producción de artículos exportables y de frutas y vegetales de lujo fue el tema de una vasta literatura y el blanco de un esfuerzo funesto y de corta vida para restablecer el equilibrio (Barkin, 1982; Barkin y Suárez, 1982; Redclift, 1981). Los resultados fueron tan profundos que transformaron al país en un importante comprador de granos básicos en los mercados mundiales, con lo cual se puso punto final a la importante contribución histórica de la agricultura para reducir el déficit del país en su cuenta con el exterior. En el contexto actual de restricciones domésticas y de pobreza internacional, esto ha dado como resultado la reducción sustancial de los niveles nutricionales de importantes segmentos de la población y un deterioro general que se refleja en los indicadores de la salud pública.

En la industria, también, los cambios han sido espectaculares; desde 1962, el gobierno definió su compromiso con un programa de desarrollo basado en el eslabonamiento interindustrial a partir de un programa de producción nacional de automóviles. El país sostuvo un ritmo dinámico de crecimiento industrial (9.1% durante los años sesenta y 6.4% durante los setenta). Pero un examen de la distribución de este crecimiento entre sectores demuestra claramente su orientación hacia pequeños segmentos de la población (quizá 30%), que recibió los reflejos de la luz emitida por la prosperidad extraordinariamente concentrada durante varias décadas. Estas tendencias fueron exacerbadas durante los años setenta, como lo ponen en evidencia los datos que acompañamos en la página siguiente.

LA ESTRUCTURA DE LA PRODUCCIÓN INDUSTRIAL
Y EL CRECIMIENTO

<i>Sector</i>	<i>Participación en el producto manufac- turero -1978- %</i>	<i>Tasa anual de crecimiento 1970-1976</i>
Trabajo en metales y má- quinas-herramientas	27.0	7.3
Metales no ferrosos	2.7	8.2
Instrumentos de pre- cisión	0.5	13.9
Electrónica	1.8	11.3
Electrodomésticos	0.9	12.9
Automóviles y partes	6.5	8.3
Químicas	15.1	8.5
Química básica	2.0	10.3
Fibras sintéticas	1.8	12.3
Productos farmacéuticos	1.7	9.2
Pinturas	2.1	7.2
Caucho	1.4	8.8
Productos del petróleo	2.3	6.8
Industrias tradicionales	57.9	4.8
Alimentos y bebidas	31.0	5.1
Forrajes	1.5	8.1
Cemento	0.9	9.0
Vidrio	0.9	9.5
Hilos e hilados	4.7	3.0
Cuero	2.4	4.3
Papel	2.5	6.9

FUENTE: Secretaría de Programación y Presupuesto, *Sistema de Cuentas Nacionales*, 1978.

Estos datos reflejan la gran importancia que se dio a las industrias básicas y a la de bienes de consumo durable, las cuales claramente están orientadas hacia la demanda de los grandes capitalistas industriales y de los grupos de consumidores más ricos. Lo que estos datos no demuestran es la creciente dependencia que creó este patrón de industrialización, basado en importaciones extranjeras de maquinaria básica y aun en la de materias primas y componentes intermedios para mantener el funcionamiento de esta estructura productiva; las importaciones de materias primas crecieron de 32% del total en 1954 a casi 60% en 1980. Sólo la industria de ensamblado y partes de automóviles representó 8 mil millones de dólares del total del déficit en la cuenta con el exterior durante los años recientes. La industria del acero, no obstante un amplio programa de inversiones del gobierno se ha convertido también en un drenaje creciente del balance de pagos, puesto que requiere importaciones netas equivalentes al 10% de su producción total nacional, así como subsidios sustanciales, en tanto ocasiona daños ecológicos devastadores (Restrepo, 1983). Hay disponibles amplias evidencias que apoyan la opinión de que la dependencia de las importaciones de este patrón de industrialización sustitutiva de importaciones es creciente (por ejemplo, Ramírez de la O, 1980). Por otra parte, y a pesar de los sustanciales subsidios y de los esfuerzos de promoción de las exportaciones industriales, éstas no han sido diversificadas de manera importante; aun antes del *boom* de las exportaciones petroleras, los minerales en bruto representaban una creciente proporción del total. Incluyendo ahora el petróleo alcanzan a más de las tres cuartas partes del total. Aun las tan proclamadas y subsidiadas "maquiladoras" o industrias de ensamblado de la región fronteriza emplean menos de 1% de la fuerza de trabajo y ni siquiera pueden hacer una contribución neta a la balanza de pagos del país.

Por último, un examen de las finanzas públicas revela la forma en que el gobierno ha afectado el crecimiento económico. Durante el último medio siglo, el gobierno se ha negado sistemáticamente a imponer impuestos sustanciales a los beneficios (del capital) porque, según sus argumentos, esto desestimularía a la inversión productiva privada. En consecuencia, ha recurrido al expediente de obtener fondos incrementando los impuestos a la renta y al consumo; los impuestos a la renta se elevaron de menos de 10% a más del 35% de los ingresos del gobierno entre 1940 y 1980, en tanto que los impuestos a las ventas (ahora valor agregado) subieron de prácticamente nada a 17% del total. Estas modificaciones, sin embargo, han incrementado más la regresividad de la estructura impositiva mexicana, puesto que sólo los asalariados (con un ingreso superior al salario mínimo oficial) y los consumidores cautivos de productos nacionales son gravados en

forma sistemática, sin que puedan recurrir a ninguna forma de alivio cuando las tasas son relativamente altas. A pesar de los repetidos esfuerzos por realizar reformas y por mejorar los procedimientos de recolección, estas fuentes de ingreso han resultado inadecuadas para financiar los gastos oficiales, obligando constantemente al gobierno a buscar nuevas fuentes de financiación; durante décadas, las fuentes extranjeras fueron un expediente excelente y de bajo costo.

La inversión pública ha mostrado precisamente la tendencia opuesta. Es decir, los gastos han sido canalizados para promover directamente inversiones productivas provenientes de los segmentos más adinerados de la clase capitalista, tanto nacional como internacional. La escasez creciente de fondos gubernamentales en los años recientes muestra claramente las prioridades oficiales, incrementándose el apoyo a las inversiones productivas en manufacturas, especialmente en las industrias básicas como son el petróleo y el acero, a expensas de los gastos en bienestar social. Como se sugirió antes, aun los gastos públicos en agricultura fueron realizados en su mayor parte en grandes programas de irrigación que beneficiaron a la clase de agricultores modernos, bien establecidos, a expensas de la vasta mayoría de productores campesinos; el resurgimiento del gasto en productos de la agricultura en 1980 es el aberrante resultado del funesto Sistema Alimentario Mexicano.

En resumen, la economía mexicana ha cambiado en forma dramática en el último medio siglo. La reorientación de la economía hacia la producción industrial no sólo ha castigado a la mayoría de los productores directos que no han podido participar plenamente en estos

LA ESTRUCTURA DE LA INVERSIÓN DEL SECTOR PÚBLICO

<i>Sector</i>	<i>1940</i>	<i>1950</i>	<i>1960</i>	<i>1970</i>	<i>1980</i>
Agricultura	15	19	8	13	21
Industria	21	30	37	38	53
Transporte y comunicaciones	52	40	30	20	16
Bienestar social	10	10	23	27	9
Defensa y administración	2	1	2	2	1

FUENTE: NAFINSA, *La economía mexicana en cifras*, México, 1978 y Secretaría de Programación y Presupuesto, 1981.

programas, sino que también ha hecho que la economía fuera sistemáticamente incapaz de producir los bienes básicos que requiere la mayoría de la población para su supervivencia; entre los productos cuya oferta es escasa se incluyen alimentos, vivienda, servicios médicos y educación, para mencionar sólo unos pocos de los más importantes. En lugar de ello, la economía se ha estado modernizando, creándose un pequeño proletariado industrial y muchos sectores medios (intelectuales, burócratas, profesionistas y técnicos). Ahora puede producir una amplia gama de bienes de consumo durable y bienes de producción básicos, lo cual le da una apariencia de poder industrializante moderno; pero para sostener esta actividad debe importar su maquinaria y equipo básicos y muchos otros productos. El desarrollo tecnológico local ha sido virtualmente inexistente y los patrones de consumo han sido modificados para imitar un estilo de consumo crecientemente internacionalizado.

II. Los beneficiarios del éxito del desarrollo capitalista

Uno de los aspectos más notables de esta historia de transformación estructural consiste en las extensas mejoras en materia de bienestar social que se produjeron en un comienzo. Durante los años cuarenta y los primeros de los cincuenta, hubo continuos incrementos en los niveles reales de vida, marcados sólo por una declinación en la tasa de crecimiento durante la última parte de la década de los años sesenta. Al mismo tiempo, el ingreso real en el sector rural también ascendió a medida que aumentó la productividad y que se introdujeron nuevas cosechas. Se crearon oportunidades de empleo con la expansión de la agricultura comercial, la agroindustria y los programas de inversiones públicas.

En tanto se elevaban los ingresos de los trabajadores y de los campesinos, se iba produciendo un cambio sustancial en la composición social de la población. El crecimiento de la burocracia continuó sin control hasta hace poco, expandiéndose diez veces desde 1940, hasta llegar a su nivel actual de 1.8 millones. Con la generalización progresiva de la educación primaria y el crecimiento de un sistema universitario que cuenta actualmente con más de 700 mil estudiantes, surgieron nuevos grupos importantes de profesionistas, creándose nuevas comunidades suburbanas que adoptaron los nuevos estilos de vida y patrones de consumo ofrecidos por la panoplia de industrias orientadas hacia el consumo.

En los niveles de vida, el gobierno proporcionó otras mejoras. Du-

rante este período hubo un creciente esfuerzo por expandir el sistema de educación pública y por mejorar la calidad y el volumen de los servicios médicos a disposición de la población. Aunque es cierto que las escuelas todavía constituyen un mecanismo para estratificar y canalizar a la gente por clase social en las diferentes categorías ocupacionales, el hirviente crecimiento del período abrió oportunidades para muchos que fueron capaces de escapar de sus “senderos” y encontrar caminos de movilidad social y económica ascendentes. Al mismo tiempo, las mejoras en la salud pública redujeron las tasas de mortalidad, en especial entre los niños, y elevaron la esperanza de vida, en tanto que mejoraban lentamente los niveles nutricionales.

El desarrollo capitalista también creó un ambiente muy favorable para los inversores. Las barreras de tarifas proteccionistas y una legislación permisiva facilitaron el crecimiento de las industrias de bienes de consumo, las cuales prosperaron en el invernáculo de la demanda interna en rápida expansión proveniente de los sectores medios y de las clases superiores. Aunque siempre existió la amenaza de la “fayuca” o del comercio de contrabando de los bienes de consumo y de algunos equipos industriales de origen estadounidense, los mercados locales eran dinámicos y la competencia suficientemente limitada como para no constituir una amenaza para los beneficios.

La prosperidad generada por las altas tasas de crecimiento económico y la ampliación del mercado estimulada por un programa sustancial de inversiones gubernamentales alteró la estructura del control de la economía mexicana. A lo largo de toda la sociedad se consolidaron las grandes empresas y absorbieron a las más pequeñas. En la agricultura, el sector campesino se estancó, mientras que quienes practicaban la agricultura comercial aprovecharon las oportunidades de exportación, las demandas de los sectores medios y los nuevos requerimientos industriales para el alimento de los animales; sus beneficios aumentaron mediante los programas de incentivos y subsidios del gobierno. La concentración y centralización industrial han sido ampliamente documentadas (véase Trejo, 1983), así como lo han sido sus implicaciones para el bienestar social (Tello, 1979; Barkin, 1975). También en las finanzas el control fue altamente centralizado, como se hizo bien evidente al quedar descubierto después de la nacionalización del sistema bancario en 1982.

La concentración acelerada del control sobre el aparato productivo ha sido mucho más importante que el alza de los niveles de ingreso en la determinación del efecto global de bienestar del desarrollo económico de México. En último análisis, como lo han demostrado las tendencias recientes, los incrementos en el ingreso monetario pueden ser rápidamente erosionados por una política de ingresos que en forma

sistemática redistribuye los recursos en contra de los trabajadores. Esto es exactamente lo que ocurrió en México: a pesar de las décadas de rápido crecimiento de la fuerza laboral y de los incrementos reales en los niveles generales de vida, la crisis económica reciente, que empezó en 1976, erosionó progresivamente años de mejoras logradas por las clases trabajadoras del país. Desafortunadamente, los datos disponibles sobre la distribución del ingreso terminan justo en los momentos en que comenzó este deterioro. Son sin embargo ilustrativos.

Durante la década pasada se acostumbraba señalar la alta concentración de los ingresos personales durante el período de rápido crecimiento económico. Aun después de las medidas redistributivas relativamente fuertes tomadas durante la primera mitad de la década de los setenta, el Banco Mundial caracterizaba a México por tener “uno de los peores perfiles de distribución del ingreso de todas las naciones del mundo” (*World Development Report*, 1980).

Los datos del siguiente cuadro reflejan con claridad un deterioro en la distribución del ingreso entre las clases sociales. La declinación en la parte correspondiente al 10% más rico de la población refleja una redistribución dentro de los sectores superior y medio más que una inversión de las tendencias hacia la concentración. Es importante señalar que el dato para 1977 viene justo después del auge del programa sustancial de gastos del gobierno, ampliamente considerado como “populista” y, por lo tanto, redistributivo. Estos datos terminan precisamente en el momento en que se aceleró la declinación del poder adquisitivo de los salarios, especialmente si se considera la creciente proporción de la fuerza de trabajo que probablemente se ve obligada a trabajar con salarios que están por debajo del mínimo oficial (véase la gráfica 1). Es posible que esta tendencia empeore el año próximo.

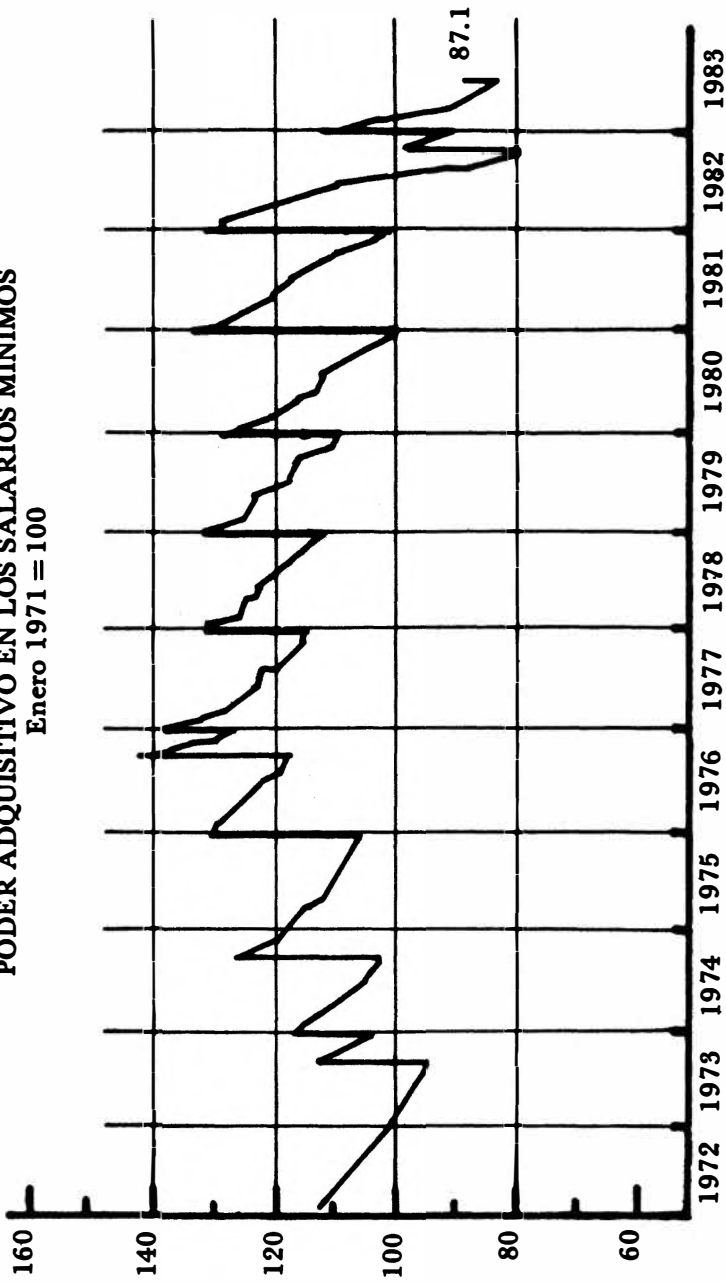
DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO PERSONAL

<i>Grupo de ingreso</i>	<i>1950</i>	<i>1963</i>	<i>1969</i>	<i>1977</i>
El 20% inferior	5.1	4.2	4.0	2.9
Segundo quintil	6.2	6.9	6.5	7.0
Tercer quintil	10.3	9.8	9.5	10.0
Cuarto quintil	15.6	16.5	10.0	29.4
Quinto quintil	59.8	62.6	64.0	57.7
El 10% superior	49.0	49.9	51.0	40.6

FUENTE: Barkin (1975) y SPP, *Encuesta nacional de ingresos y gastos de las familias*, 1979.

GRÁFICA 1

PODER ADQUISITIVO EN LOS SALARIOS MÍNIMOS
Enero 1971 = 100



FUENTE: Elaborado por el CEESP con datos de BANXICO y C.N. de S.M., 9 de agosto de 1983.

Así pues, aunque el desarrollo capitalista estimuló inicialmente un proceso de mejoras reales en los niveles de vida, el proceso autocorrector del crecimiento económico ha invertido esta tendencia en los años recientes. Aun durante el auge del período de prosperidad, cuando los obreros y campesinos disfrutaban de importantes mejoras en su poder de compra real y de un acceso más amplio a los servicios sociales básicos, el capital se apropió continuamente, para sus propios usos, de la parte del león de los beneficios producidos por el crecimiento. La concentración del ingreso personal y el crecimiento y centralización del control del aparato productivo fueron financiados por las ganancias extraordinariamente altas generadas en el ambiente excesivamente protegido al que un Estado muy solícito fue dando forma.

III. Las contradicciones del desarrollo mexicano

Históricamente, el capitalismo no funciona para permitir que los obreros logren mejoras de largo plazo en sus niveles de vida a costa del capital. Éste es precisamente el juicio que hicieron el capital nacional y el internacional con respecto a la evolución de largo plazo de la economía mexicana durante los años setenta, cuando se dieron pasos para invertir la tendencia y una vez más reestructurar la economía mexicana para ajustarla a las necesidades de la consolidación del mercado mundial. Esta internacionalización del capital ha funcionado dentro del marco de la crisis nacional e internacional para reorientar la producción y reformar la correlación de fuerzas políticas y para asignar los recursos entre los grupos sociales competitivos en México (Barkin y Rozo, 1981; Barkin, 1984). Las contradicciones creadas por los desarrollos en el invernáculo durante las pasadas décadas han vuelto para quedarse, imponiendo una pesada carga al país, la cual estarán forzados a pagar sus clases trabajadoras. En esta sección se examinan estas contradicciones antes de efectuar un análisis sobre el camino futuro para el desarrollo mexicano.

Las múltiples contradicciones provocaron desequilibrios en toda la sociedad. El alza de los ingresos y los precios estables impidieron que la producción de bienes de consumo básico arrojara beneficios y la producción se reestructuró para responder a las demandas de nueva creación de los grandes y dinámicos sectores medios. La mejor educación, junto con la mayor incorporación de las regiones aisladas dentro de la sociedad nacional y las promesas retóricas de participación popular en un proceso político democrático, incrementaron las expectativas y las aspiraciones que sólo podían ser satisfechas por medio

del incremento de los gastos estatales en servicios sociales y en subsidios destinados a mantener la estabilidad de los precios frente al alza de los costos y las altas ganancias. Pero los ingresos del sector público estaban virtualmente congelados porque el capital se negaba a pagar una parte mayor de los costos en forma de impuestos y otros sectores ya habían sido forzados a aumentar sus contribuciones.

También desde el punto de vista del sector externo el desarrollo mexicano se encontró con problemas, los cuales fueron exacerbados por sus propias contradicciones. Las exportaciones agrícolas comenzaron a enfrentarse con algunas barreras restrictivas en los mercados exteriores, en tanto la demanda nacional iba absorbiendo una parte creciente de la producción de los nuevos productos de “alto valor”. Las demandas de ganado para satisfacer a los ricos del país y para los mercados extranjeros desplazaron a la agricultura destinada al consumo humano en algunas de las regiones más prósperas del país, forzando a una reorganización de los trópicos mexicanos y a la deforestación de millones de hectáreas de tierra para dedicarlas a formas ineficientes de pastoreo extensivo. El sector de manufacturas nacionales resultó demasiado ineficiente para competir en los mercados internacionales y el drenaje de las reservas de divisas del país necesarias para pagar las materias primas, los productos intermedios y el equipo de capital —que eran insumos cada vez más importantes— se hizo demasiado gravoso; la situación se agravó después, a raíz de importaciones agrícolas básicas, lo cual convirtió al sector agrícola en otra fuente de problemas que pesaron sobre la balanza de pagos.

Fue así que la deuda externa creció progresivamente. Dado que los recursos nacionales eran insuficientes para pagar los gastos del gobierno y que el comercio exterior ocasionaba un creciente desequilibrio, se requirieron ahorros externos para cubrir la diferencia. El rasgo significativo de este período (el de los años setenta) fue que la comunidad financiera internacional estaba deseosa (y aun ansiosa) de proporcionar el financiamiento necesario y podía hacerlo. Esta disposición favorable fue el resultado de otras contradicciones de escala mundial, provocadas por el repentino fluir de recursos líquidos de las naciones de la OPEP, que el sistema bancario internacional estaba tratando de utilizar provechosamente. Antes de eso, México había sido uno de los países favoritos de los funcionarios de las agencias financieras multilaterales debido a su estabilidad política y a su desempeño como modelo de desarrollo capitalista, tornándose aún más atractivo como deudor al anunciarse, a mediados de la década, el hallazgo de vastas reservas de petróleo.

Los conflictos nacionales por la distribución de recursos disponibles, que en otro tiempo hubieran tenido que ser resueltos por medio

de luchas políticas internas, pudieron diluirse. Los programas de nuevos gastos o subsidios, la disminución de las barreras restrictivas de las importaciones y las políticas económicas liberales para nuevas inversiones fueron todos instrumentos para posponer el día de las cuentas claras. Todos estos instrumentos costaron dinero o aumentaron la ineficiencia general del sistema, pero en apariencia los recursos externos estaban disponibles en cantidades ilimitadas. La paranoia de los países desarrollados respecto a una posible acción cartelizada futura ante el alza continua del precio del petróleo encendió el optimismo de la nación y se adoptó una actitud descuidada en cuanto al gasto y la reestructuración industrial.

El capital internacional se unió al de los empresarios nacionales para invertir en industrias nuevas y para inducir a los agricultores capitalistas a reorientar su producción hacia los mercados de manufacturas y del exterior. Los nuevos proyectos industriales del sector privado se conjuntaron con los ambiciosos programas de desarrollo de la petroquímica y el acero para lanzar una nueva ola de construcciones. Esto sólo empeoró los ya severos cuellos de botella creados por la construcción de la infraestructura básica que fue necesaria para facilitar la exportación de petróleo que habría de financiar el proceso. Para algunos observadores el cambio de la estructura productiva fue motivo de preocupaciones, en tanto que para otros fue una marca de progreso y modernidad.

Las tensiones e incongruencias podían verlas todos. La creciente deuda con el extranjero era del conocimiento público. El cambio de la estructura productiva ocasionó una duplicación en el valor relativo de las importaciones totales representadas por bienes de consumo básico durante los años setenta (constituyeron el 7% del total de importaciones en 1970 y el 13% en 1980). Los déficit del sector público se convirtieron de pronto en un tema de debate abierto y de vocingleras reprimendas de impotentes legisladores. Los frustrados campesinos buscaban vanamente, una vez más, recursos para hacer productivas sus tierras y los obreros luchaban intentando mantener el valor real de sus salarios frente a la acelerada inflación. Los inversores, y aun algunos de los sectores medios, en respuesta a la incapacidad evidente del gobierno para controlar la situación incrementaron aún más las contradicciones, llevándose literalmente miles de millones de dólares fuera del país, convirtiendo al gobierno y al sistema bancario en un canal para atraer capital internacional barato al país, de tal manera que pudiera ser drenado hacia las arcas privadas en cuentas en el exterior.

Fue un período de intensa competencia. Las contradicciones fueron claramente visibles y los problemas eran comprendidos. El debate

nacional con respecto al camino apropiado a seguir advertía acerca de los peligros de las políticas que se estaban adoptando. Fue un período de intensas críticas y de profundo conflicto. Duró lo que duró sólo debido a la codicia de la comunidad bancaria internacional. Su deseo de prestar volúmenes sin precedentes de capital especulativo la condujo a añadir su propia indisciplina a la de todos los poderosos participantes de la escena mexicana. Las medidas financieras para adornar los estados de cuenta individuales en los bancos y para evitar las agencias reglamentarias nacionales en Estados Unidos y en otras partes, sólo crearon un fino velo extendido sobre los desequilibrios estructurales subyacentes.

IV. La crisis mexicana desde una perspectiva más amplia

Una característica sorprendente de la historia mexicana es la del período relativamente largo de prosperidad que disfrutó el país en su conjunto y la mayor parte de sus grupos sociales. El alza de los niveles de vida, la ampliación de los sectores medios y las actividades empresarias de altos rendimientos se combinaron para crear el “milagro mexicano”, como quedó inscrito en la literatura. Esta aberración notable en la conducta del sistema capitalista merece ser analizada.

Es importante hacer notar que el período comenzó con alguna medida de restricción, la cual fue reforzada por los acontecimientos que llevaron a las sustanciales devaluaciones del período 1948-1984. Fue un período de rápidos incrementos productivos financiados por la movilización de recursos nacionales no utilizados y por reservas internacionales acumuladas. El control político interno canalizó cuidadosamente mejoras limitadas en las condiciones de vida de segmentos cada vez mayores de la población. También los capitalistas fueron inducidos y estaban ansiosos por invertir sus ganancias en un prometedor mercado nuevo, ya fuera de manera individual o conjuntamente con el capital extranjero. La intranquilidad laboral de la última parte de la década de los años cincuenta se explicó, por lo general, como el resultado de la codicia indisciplinada de unos pocos grupos cuya impaciencia podía haber alterado el proceso de crecimiento y redistribución ordenados.

Los años siguientes, de continuo crecimiento, comenzaron a requerir compromisos y limitaciones. Los gastos del gobierno no pudieron elevarse junto con las ganancias y los salarios en tanto se mantenía, sin conflicto, la estabilidad de precios. El modelo de negociación política, que mezclaba una buena cantidad de represión con dosis medi-

das de caridad para las mayorías y desbocada generosidad para el capital, requería más recursos de los que disponía el gobierno o el país como un todo.

En esta coyuntura el ambiente internacional comenzó a desempeñar un papel importante. México ofrecía un modelo de desarrollo económico alternativo que podía ser un contraste con las aspiraciones del expansionismo cubano, como algunos ideólogos del Consejo de Relaciones Exteriores podría haberlo planteado. Por otra parte, Estados Unidos estaba envuelto en una lucha perdida (eventualmente) en Vietnam, que provocaba sus propias contradicciones internas dentro de la sociedad norteamericana. La mano de obra mexicana, aunque nominalmente ilegal, era una parte importante de la escena productiva en diversas partes de Estados Unidos y constituía una pequeña válvula de escape para algunas de las contradicciones internas que se estaban desarrollando en México. En este ambiente, no es extraño que el capital privado y el oficial respondieran favorablemente a los requerimientos mexicanos de mayores recursos, posponiendo y agravando de esta manera algunos de los mismos problemas que se estaba intentando resolver.

El capital internacional no podía permitir tal indisciplina en forma indefinida. El modelo mexicano, tal como evolucionó era extremadamente ineficiente y requería crecientes transferencias de recursos. Se necesitaban cambios estructurales para imponer límites a los diversos actores sociales y para reorganizar la producción de manera que el país pudiera transferir recursos, con mayor rapidez, a los centros internacionales de acumulación del capital. Los salarios reales tendrían que declinar, junto con los niveles prevalecientes de vida, con el objeto de liberar recursos para esta transferencia y para abaratar la mano de obra mexicana con el propósito de que el capital internacional pudiera establecer nuevos centros de beneficios, más rentables, en el país. La nueva división internacional del trabajo es imponente: no sólo requiere recursos y productos; también necesita incorporar rentablemente entre sus pliegues a la fuerza de trabajo, en cada uno y en todos los países.

El nuevo modelo de desarrollo mexicano ha cambiado fundamentalmente la naturaleza del Estado así como el papel del país en la economía internacional. Ya no puede México permitirse ser la vitrina de exposición del desarrollo capitalista del Tercer Mundo; el costo está más allá de sus posibilidades, aunque la comunidad internacional estuviera deseosa de que así fuera. En lugar de ello, ahora debe ser un socio pleno del desarrollo capitalista mundial, contribuyendo con sus recursos, sus productos y su fuerza de trabajo al proceso global del poder económico centralizado. Como se dijo en el GATT, en su revis-

ta anual de la economía internacional en 1982: “En un sistema de economía abierta, una de las principales funciones de la política comercial es garantizar la congruencia de la política económica nacional entre las naciones y sobre un plano internacional.” Sin duda alguna esto significa la subordinación de los objetivos y las necesidades nacionales a los imperativos de la acumulación internacional.

Existe una alternativa posible, pero no dentro del marco de la integración económica internacional.

Traducción: Rosa Cusminsky de Cendero

Bibliografía

- Barkin, David: (1975), "México's albatross: The US economy", en *Latin American Perspectives*, vol. II, 2, núm. 5, verano, p. 64-80.
- Barkin, David: (1982), "El uso de la tierra agrícola en México", en *Problemas del Desarrollo*, núm. 47/48, enero, p. 50-95.
- Barkin, David: (1984), "Global proletarianization", en Steve Sanderson (ed.), *The Americas in the New International Division of Labour* (de próxima aparición).
- Barkin, David y Carlos Rozó: (1981), "L'agriculture et l'internationalisation du capital", en *Revue Tiers Monde*, núm. 181, octubre-diciembre, p. 723-745.
- Barkin, David y Blanca Suárez: (1982), *El fin de la autosuficiencia alimentaria*, México, Centro de Ecodesarrollo y Nueva Imagen.
- Hernández Laos, Enrique: (1983), *Productividad y desarrollo industrial*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez de la O, Rogelio: (1980), "Industrialización y sustitución de importaciones en México", en *Comercio Exterior*, vol. XXX, núm. 1, enero, p. 31-37.
- Redclift, Michael: (1981), "Development Policymaking in Mexico: The sistema alimentario mexicano (SAM)", Working Papers in US-Mexican Studies, 24, Program in US-Mexican Studies, San Diego, Universidad de California.
- Restrepo, Iván: (1983), *Las truchas: una evaluación crítica*, México, Centro de Ecodesarrollo.
- Rozo, Carlos y David Barkin: (1983), "La producción de alimentos en el proceso de internacionalización de capital", en *Trimestre Económico*, vol. L, 3, núm. 199, septiembre, p. 1603-1626.
- Tello, Carlos: (1979), *La política económica en México*, México, Siglo XXI.
- Trejo, Saúl: (1971), "Industrialization and employment growth in Mexico 1950-1965", tesis de doctorado, Universidad de Yale.
- Trejo, Saúl: (1983), "La concentración industrial en México. El tamaño mínimo eficiente y el papel de las empresas", en *Comercio Exterior*, vol. XXXIII, núm. 8, agosto, p. 706-715.